

CAPÍTULO 1

MIL VECES OÍMOS... LA TRANSICIÓN CONTADA A NUESTROS PADRES

EL RELATO DE LOS VIEJOS HÉROES CONCLUÍA SIN DEJAR HEREDEROS [...] QUIENES HICIERON LA HISTORIA REAL NO ACABARON SIENDO LOS PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA OFICIAL.

Rafael Chirbes, "De qué memoria hablamos"

Mil veces oímos una petición de silencio que hoy resuena como una riña cargada de ruido y furia: "Abuelo, deje de contar batallas". Ignoraban los guardianes de los tiempos *apacibles* que la verdadera batalla no era ésa que creían oír en la boca herida de los viejos. Era otra, apenas susurrada, fresca e impetuosa, que se contaban los ancianos a ellos mismos, mirándose las arrugas de su memoria, en un silencio de décadas, clandestino, con complicidad de café, trinchera y cuitas compartidas. "¡Deje de contar batallas, abuelo!" Nada había digno en el pasado que mereciera ser traído al recuerdo. Páginas que se debían pasar sin la cortesía mínima de, antes, leerlas. Callados los viejos, los apaciguadores aprovechaban para contar incontables veces su cuento incontinente: "La democracia nos la inventamos nosotros". Lo dijeron, lo escribieron, lo repitieron, lo exportaron y, quizá —sólo quizá—, hasta se lo creyeron.

Sociólogos corrieron a decir que nunca antes de la Transición hubo democracia y que, de pronto —qué más daba cómo—, ya éramos iguales al resto de Europa. Filósofos cambiaron panfletos contra el todo por panfletos por lo que buenamente venga. Historiadores oficiales dieron el pasado como un pasto inofensivo, abierto sólo a anticuarios y profesionales refugiados en un monólogo abstracto e impotente. Economistas construyeron series complejas con datos incuestionables que demostrarían que *diferentes*, en cualquier caso, serían otros. Los sabedores de la política hicieron categorías

borgianas para que encajara *Democracia* (así, con mayúscula) con un campo sembrado de fosas comunes y desmemoria. Matemáticos trazaron la topología que permitía transitar a un lugar democrático inmaculado en vez de retornar a la democracia perdida en 1939. Franquistas perdedores de la pelea rabiosa por los cargos probaron fortuna en los nichos que quedaron en los extremos, regalándoles la condición de “sensatos” a los que se colocaron antes que ellos en sitios más resguardados. Periodistas y filólogos encontraron en el decir “consenso” una palabra mágica que contentaba a tirios y troyanos (a unos porque no cuestionaba ningún fruto de su victoria; a otros, porque les entregaba una excusa perfecta para explicar por qué eran tan vociferantes y tan poco consecuentes). Hombres de bien y de Iglesia explicaron que el *consenso* no era una ideología al servicio del poder, sino un procedimiento terapéutico muy adecuado para un país al que no se le podía dejar solo. El consenso, que no era sino el catecismo del ejército de ocupación, se vestía como una prueba de madurez consentida por quien no tenía otra alternativa. Prestidigitadores de las ideas explicaron, a quien quisiera oír y también a quien no quisiera, que ser de centro era poder hacer política con Franco y con la democracia. Al fin, juristas y constitucionalistas, en un país sin Constitución, dijeron que la ley siempre garantizó el buen hacer legal de los españoles, y pusieron al ejército como garante del buen comportamiento de gente tan generosa. Se olvidaron de que las grandes rupturas de España, que los grandes retrocesos, que la gran diferencia con el resto del continente, siempre se sostuvo sobre la quiebra de la continuidad del pensamiento. La Transición venía, otra vez, a inaugurar un país, no a recuperar los rotos hilos históricos de la emancipación. Burlón este espíritu de la Transición democrática.

Convertido el tiempo en memoria fragmentada, la Transición redujo la explicación dolida del pasado a un problema de derechos humanos. En la distancia, todos somos bienintencionados. Por eso era relevante explicar la guerra civil como una locura colectiva fruto del calor, el terruño y los tiempos duros. Todos los muertos —se quiso decir— son iguales; todos los muertos —continuaron— son nuestros. Y todos con todos, con las responsabilidades mezcladas, renunciamos, dicen, a pedirnos cuentas. Aunque unos murieran atacando y otros defendiéndose. Aunque unos trajeran un plan premeditado de exterminio, y otros apenas alcanzaron, con rabia sobrevenida, a dar respuestas puntuales en el contexto de una guerra que prometía para España el futuro de la Alemania o la Austria nazis o de la Italia fascista. Unos, delante del pelotón de fusilamiento, pudiendo decir: “Me

alcé, me la jugué y perdí”, y otros apenas alcanzando a lamentarse: “Se alzarón, me defendí y han sido más fuertes”. Ganaron unos y esos vencedores obtuvieron su recompensa. Se quedaron con todo un país. Hasta con los hijos de los perdedores (porque se los robaron). Fueron derrotados otros que, de haber ganado, hubieran regresado ese mes de abril a la vida que interrumpieron sólo por culpa del golpe. Pese al fracaso que significa cualquier muerte, roma vara de medir ésa que iguala al que muere defendiendo la democracia que el que lo hace queriendo arrasarla. Buena parte de España vivía en el campo. No eran igual los señoritos arrogantes con sus corrajes de falange que los aparceros hastiados con su hambre y su cansancio.

La queja del enfermo no es el nombre de su enfermedad, decía Ortega. Doliendo la cabeza, quizá las razones estén en sitios apartados como el hígado. Con esa duda, buscamos explicaciones estirando el hilo del pasado. ¿Dónde se mezclaron víctimas y verdugos? ¿Cuándo se nos confundió la vista? ¿Quién ha escrito ese relato torcido con renglones rectos? Entendemos así que subsiste en España una gran diferencia entre el progreso y el arcaísmo: los defensores del *Orden* (ése con maneras de eternidad y mármol, encargado de presentar el privilegio como interés general) nunca han aceptado rupturas. Un orden que, además, lleva cuando menos siglo y medio siendo capitalista y disponiendo la sociedad sobre la base de las mercancías y la oferta y la demanda. Incluso, pese a equívocos que lo han pretendido más feudal, en el campo, donde el cacique no dudó en convertirse en un burgués que se desentendió de las obligaciones del antiguo régimen con los que trabajaban sus tierras.

Con plumas mercenarias que escriben historias para la historia trazan un discurso que parte de don Pelayo y llega luminoso e ininterrumpido al Partido Popular con mantilla y peineta, no sin antes pasar necesariamente por los Reyes Católicos, que para eso inventaron la nación y construyeron un imperio, los Austrias y sus Contrarreformas, que mantuvieron la llama de la fe, Carlos IV y Fernando VII— y los cordones sanitarios frente a la Ilustración laica y republicana—, los carlistas, de boina roja y misa, ataque al liberal y comunión diaria, Cánovas y su oposición al sufragio, Primo de Rivera, los falangistas con su yugo, sus flechas y su dialéctica de *los puños y las pistolas*, Franco y su *cruzada* contra la *antiespaña*, la *Transición inmaculada* y el apacible y bonachón rey Juan Carlos. Iba también a estar la España de José María Aznar, porque no todos los días un presidente español pone los pies encima de una mesa donde están también los pies del presidente de los Estados Unidos. Pero saltaron mil casos de corrupción, sobres y sobresueldos y una

tupida red de financiación ilegal del Partido Popular (la red Gürtel). Pinochet se vino un poco abajo cuando los chilenos se dieron cuenta de que había también en su régimen una clara vocación de enriquecimiento por parte de los militares. No es lo mismo hacer las cosas por la patria que por el dinero. Y como al santo al que los tiempos se le tuercen, se tuvo que abandonar la pretensión de santidad aunque se quedaron con la parte de la limosna (que es, parece demostrarse, la que en vida terrenal realmente les interesa).

Quienes no creen que lo que existe agote las posibilidades de la existencia sospechan, barren la historia a contrapelo y hacen que salten las verdades escondidas en la trama de la alfombra. Así llegan hasta palacios reales, catedrales, cotos de caza, sótanos bancarios y mansiones donde siguen los que nunca se fueron. Mientras la democracia transitaba heroica, consensuada, pacífica, había gente que llevaba cuarenta años esperando a su padre, a su hermano, a su hijo, a su tío, a su abuelo, asesinados en la guerra, en la posguerra, enterrados en las cunetas de España y abandonados por una democracia que se permitía llamarse ejemplar mientras caminaba por encima de más de cien mil dormidas estelas sin identificación, sin responso, sin reconocimiento. Más de cien mil portadoras de una memoria a la que se le negaba ser parte de los valores democráticos que celebrábamos. 114.266 personas registraba el Auto del juez Garzón desaparecidas por el *Alzamiento Nacional* entre el 17 de julio de 1936 y diciembre de 1951. 114.266 personas eliminadas por orden de un Decreto de muerte previo al levantamiento militar. Una democracia asentada sobre un genocidio.

Un rebelde antifranquista asesinado por defender la República, dos rebeldes, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Veinte fusiladas, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, ochenta, cien. Doscientas víctimas, trescientas, cuatrocientas, quinientas, seiscientas, mil. Dos mil ejecutados, tres mil, cuatro mil, cinco mil, seis mil, siete mil, ocho mil, nueve mil, diez mil. Veinte mil cuerpos sin vida, treinta mil, cuarenta mil, cincuenta mil, sesenta mil, setenta mil, ochenta mil, noventa mil, cien mil. Cien mil una personas que ya no verán amanecer, cien mil dos, cien mil tres, cien mil cincuenta, cien mil cien. Cien mil quinientos silencios, ciento un mil, ciento cinco mil, ciento diez mil. Ciento catorce mil doscientas sesenta personas asesinadas por defender la legalidad vigente. Ciento catorce mil doscientas sesenta y seis. En silencio.

Recuerdo de la madre. Hija robada por la posguerra a un herrero anarquista que, caído Albacete, fue apaleado en su pueblo, cabeza abajo colgado de un olivo, hasta darle por muerto. Dirigía la escuadra el jefe de Falange, posterior alcalde eterno del pueblo, socio de negocios con el alcalde de la

UCD que lo sustituiría, padre de la que luego sería alcaldesa con el PP. El abuelo apaleado sobrevivió. Pero el castigo nunca se detuvo. Nunca le dejaron trabajar en su fragua para alimentar a su familia. Era un *rojo* y a los rojos no se les daba trabajo. La hija tuvo una nueva oportunidad a costa de perder sus orígenes. Entregada a una familia menos humilde, empezó una nueva vida en Madrid. Pudo estudiar. Su colegio tenía dos puertas, una principal para las niñas ricas y otra lateral para las hijas de la caridad. Recuerdo a la madre subiendo, junio de 1977, la calle del colegio donde estudiaban sus hijos. A suplicar un precio más económico en los caros ejercicios espirituales. Carteles electorales en las paredes. "Vote Centro. La vía segura a la democracia." No recuerdo sorpresa cuando el cura afirmó: "Si no podéis permitirlo, buscad otro colegio". El franquismo fue una dictadura de clase y desde niño se aprendían las diferencias. Pero nunca acepté el tuteo arrogante a la madre derrotada. Porque los mataron mil veces. En aquellos años de la guerra y la posguerra, y también en cada humillación, durante cuatro interminables décadas (las cartas que llegaron abiertas y las que no llegaron; compartir mesa con el verdugo de los tuyos; suplicar trabajo o limosna a los que te habían robado el patrimonio; los labios mordidos; pisar el suelo donde reposan abandonados aquellos a los que no te dejaron querer más tiempo; el estigma cosido a la vida; la vergüenza de los juicios y las acusaciones; las placas santas ensalzando al sayón; las homilías celebrando al asesinato; la impunidad de los togados, de los purpurados, de los condecorados; el interminable *usted no sabe con quién está hablando*, la tutela permanente, los modos de señorito extendidos por los rincones de cualquier poder...).

"Con la Transición, los demócratas vencimos" y le cargaron al búnker toda la memoria del franquismo. Derrotado el búnker, se daba por derrotado al franquismo. ¿Un nuevo inicio? ¿Sin perdón? ¿Sin restitución? Hasta que un juez quiso llevar a juicio aquella etapa y se cayeron las caretas. El juicio al franquismo ha separado a los demócratas gratuitos de los demócratas con todas las consecuencias. Algo no funcionaba. Conscientes de que no todo estaba tan claro, escribieron: "Las virtudes de la Transición son los vicios de la democracia", y así se daba cuenta de la arena en los engranajes. Toca reescribirlo. Ahora dice: "Los vicios de la Transición son los vicios de la democracia". Un sistema electoral indigno que avergüenza el nombre de la democracia; una restauración bipartidista que deja una parte importante del país sin representación. Un programa de televisión de éxito, *La máquina de la verdad*, utilizando un artilugio cedido por el MOSAD cuando colaboraba con los servicios secretos durante la Transición. Dolores de Cospedal y

Esperanza Aguirre gritando “¡Golpe de Estado!” por una reunión política en sede universitaria en apoyo al juez que quiso preguntar dónde están las decenas de miles de asesinados por la dictadura franquista; otros jueces escondiendo residuos franquistas bajo alfombras progresistas, mientras maquillan de izquierdismo su verdadera ideología al servicio de los modos tradicionales del Movimiento; el filósofo de la ética para adolescentes recibiendo el premio literario más amañado de la historia de los premios; el Tribunal Constitucional inconstitucionalizando su renovación y sus decisiones; el Parlamento Europeo negando el permiso para una exposición sobre las exhumaciones de asesinados por la dictadura (¿se atreverían a prohibir una sobre fosas con asesinados por los nazis?); una delegada del Gobierno en Cataluña condecorando a la División Azul —la contribución hispánica a la invasión de la URSS que perpetró Hitler—; una jueza aceptando una querrela de Falange contra un periodista que había simplemente llamado por su nombre los modos asesinos de Falange desde su nacimiento; Amnistía Internacional denunciando que el Gobierno ponía trabas a las investigaciones sobre los crímenes del franquismo; Zapatero indultando al número dos del Banco Santander o autorizando, ya en el tiempo de salida del Gobierno, un uso desmesurado de las bases norteamericanas por sus “legítimos” propietarios; el Ministerio de Asuntos Exteriores impidiendo que las víctimas declarasen en el procedimiento abierto en Argentina porque en España los jueces han renunciado a investigar los crímenes contra la humanidad del régimen de Franco; Emilio Hellín, condenado por el asesinato de la joven estudiante Yolanda González, y huido con la connivencia de jueces y policías, contratado por la Guardia Civil como asesor y perito informático con una identidad falsa; el Papa elevándose por encima de nuestras leyes máximas y dictándonos el comportamiento con aplauso de la derecha y prudencia gubernamental; un Gobierno socialista y los principales sindicatos de clase (según rezan sus estatutos) pactando el recorte de derechos sociales que nunca hubiera imaginado un Gobierno neoliberal; 300.000 niños robados a sus madres, hijos de rojas y rojos, madres solteras o malas católicas, vendidos a otras familias desde la impunidad del régimen; un rey con unas amistades curiosas de las que tenemos noticia porque alternan fotos codeándose con la Casa Real en cacerías con portadas en la prensa entrando en la cárcel (siempre por cuestiones económicas); una familia real salpicada de casos de corrupción y de sospechas de trato de favor por parte de los gobiernos y de Hacienda; el ministro de Información de Franco, el que afirmó tras el asesinato del comunista Julián Grimau que ese “caballerete”

merecía morir, redactando, con la misma mano con la que firmó sentencias de muerte, la Constitución de la democracia; la Constitución que apuntaló a un rey de origen franquista, a jueces de origen franquista, a empresarios y banqueros de origen franquista, a comisarios de origen franquista, a torturadores de origen franquista, a catedráticos de origen franquista, a periodistas de origen franquista e, incluso, a franquistas de origen franquista. Ahí reposa nuestro miedo. A Franco le pasa como al dios recurrente de Jesús Ibáñez: es más peligroso muerto que vivo. Vivo, por lo menos, se le ve venir. El relato de los vencedores convertido en la verdad oficial de las víctimas.

No es fácil demostrar que la Transición hubiera podido caminar de un modo muy alejado a como lo hizo. En 1973 fue el golpe contra Allende. Unos meses después, la Revolución de los Claveles alertó a los guardianes de la guerra fría. En 1975, un golpe de Estado militar, con apoyo de los Estados Unidos, terminaría con la revolución y pondría a los mandos de Portugal al socialdemócrata Mario Soares (una invención de la Internacional Socialista para que representara el mismo guión que Felipe González). El *compromiso histórico* planteado por el Partido Comunista Italiano y su victoria en el referéndum del aborto en 1974 hacían pensar en el fin de la prohibición de que un comunista se sentara en un Gobierno occidental. Alemania no quería ningún baño de sangre que dificultara su pretensión de terminar con la separación entre la República Federal y la República Democrática por una radicalización del conflicto Este-Oeste. A lo que hay que añadir 40 años de exilio, represión y miedo. Con los maestros exiliados o silenciados, con los líderes políticos e intelectuales exiliados o encarcelados; con las organizaciones de la sociedad civil prohibidas (salvo Comisiones Obreras desde los años sesenta). Con la memoria exiliada o encarcelada. No se trata de pensar que otra generación lo hubiera hecho mejor. Ni siquiera que, por criticar aquel proceso, quien hace el reproche gane en moral a los criticados. Se trata de sacar de su ensimismamiento a quienes, de tanto repetirlo, terminaron creyéndose su propia mentira. Lo reprochable no es la impotencia de la época, sino la falta de honestidad de sus voceros. Lo deshonesto es no afirmar: "Hicimos lo que pudimos, lo que nos dejaron, lo que nos atrevimos". Esconderlo tras una arrogante: "Nos corresponde la mayor hazaña democrática de la historia de España". No se trata de reprochar a nadie que fuera cobarde. Se trata de reprocharle que diga que fue un héroe. Una Transición perfecta que no deja entender una democracia tan imperfecta. Y que además, de una manera muy injusta, deja fuera de foco a la gente que volvió a intentarlo, la que no compró el "consenso" al que obligaban los vencedores

de la guerra, el que querían los ganadores de la nueva etapa. Que estigmatizó y señaló como enemigos del consenso a los que quisieron ampliar los horizontes de la Transición desde la izquierda, a los que intentaron que el dictador no muriera en la cama y a los que dejaron claro al régimen que no iba a poder solventar su continuidad cambiando a Carrero Blanco por Arias Navarro. “Reconciliados”, recordaba la revista en el exilio *Ruedo Ibérico*, era como llamaba la Inquisición a los condenados por el Santo Tribunal. Hubo gente que no quiso nunca reconciliarse con quienes generaron tanta muerte en España, con quienes acabaron con la Segunda República (y conspiraron contra ella desde el primer día), con quien llegó fusilando y se despidió fusilando, con quien robó los bienes —y, como decíamos, incluso robó los hijos— de los republicanos a los que asesinó o condenó al exilio, con los que intentaron en todo momento un golpe de Estado a lo Pinochet para instaurar el franquismo sin Franco, con los que empezaron ya en 1975 a llevarse el dinero a Suiza, con los que financiaron el 23-F...

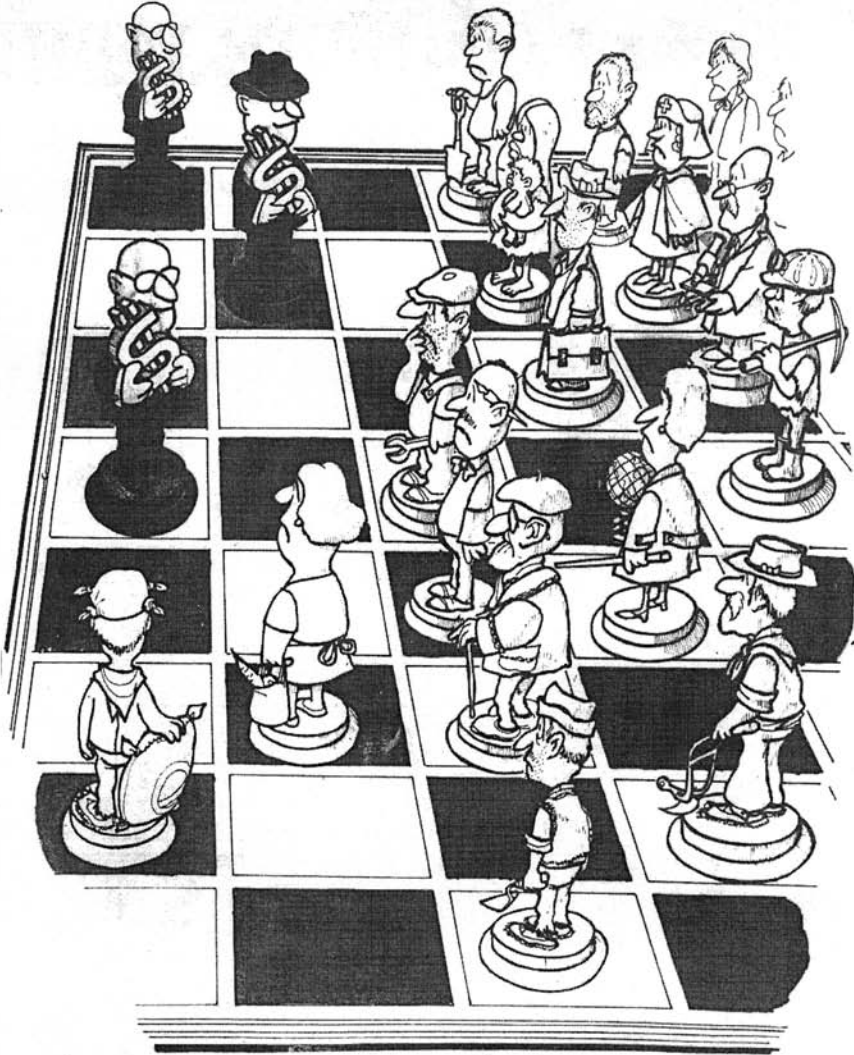
Lo han tenido que recordar desde fuera los abogados argentinos que vinieron a España para ayudar a los demócratas a arreglar cuentas con sus verdugos. Querían devolver el favor que años antes hicieron algunos españoles ayudándoles a perseguir los crímenes de la dictadura argentina (“Si ustedes nos ayudaron a encarcelar a los Videla y Massera, ¿cómo es que ahora tienen problemas por hacer aquí lo que nos ayudaron a hacer allá?”). El realismo mágico tiene también aquí sus tintes costumbristas. De fuera nos han recordado que aquí hubo un propósito de genocidio antes de que empezaran los combates. Hubo guerra civil porque los franquistas, aun ayudados por Hitler y Mussolini, no tuvieron la fuerza suficiente para imponerse en el golpe de Estado de 1936. La democracia resistió tres años. Los más heroicos de la historia reciente de España. Cuando los fascistas españoles ganaron la guerra, la intención genocida se consumó. Son esas decenas de miles de muertos que pueblan nuestras cunetas y campos por el delito mayor de defender la República.

Pero no faltan quienes siguen repartiendo culpas con la excusa de la guerra. El relato democrático dice que los luchadores por la República dieron todo para frenar el genocidio. Más allá del proyecto que desearan para el país. Tenían una Constitución, tenían un Gobierno, tenían unas elecciones. Era un tiempo histórico donde se estaba construyendo la democracia social. La burguesía ponía los límites de la democracia en su propiedad. Si redistribuir la renta disminuía su riqueza, si la democracia o la Constitución ponían en cuestión su patrimonio, daban por rotas las reglas del juego. Quienes no

respetaban elecciones, leyes o la voluntad popular se levantaron en armas. Porque querían y porque podían. Unos atacaron. Otros se defendieron. A los muertos por la democracia los olvidamos. Y para enlodar su memoria, dijimos que nuestra Transición era perfecta, fruto del consenso, un ejemplo *for export*. Que decidimos olvidarnos. Aún más, que decidimos “echar al olvido” la memoria, como quien saca la basura por la noche. Que decidimos, como quien pide carne o pescado, dar por amortizada su hazaña. Como si no bastara con que estuvieran muertos. Se trataba, además, de esconderlos. Para que no dieran la luz que encierra tanto ejemplo.

Disculpádnos, abuelos, por todo esto. Perdonad, abuela, abuelo, por lo que no os dejaron hablar en estos años. Perdonad que no nos hayamos dado cuenta antes, que no hayamos tenido fuerzas para daros hace mucho tiempo las gracias una y mil veces. Y contadme otra vez, desde el principio, desde muy al principio, todas aquellas batallas.

QUINTO



AJEDREZ

PROBLEMA: JUEGAN LAS NEGRAS Y DAN JAQUE MATE CUANDO LES DA LA GANA.